

SER O NO SER - EL DILEMA DE LA FILOSOFIA Y LA CULTURA ACTUAL -

Por OCTAVIO NICOLÁS DERISI

I

De todas partes se dejan oír, cada vez con más insistencia y más angustia, voces sinceras que reclaman la salvación del hombre y de su cultura. La realidad humana aparece amenazada desde lo más hondo en sí misma y en sus múltiples manifestaciones culturales.

Sufre las consecuencias desastrosas de una concepción falseada de la realidad y de la vida, que desde las raíces mismas de la actividad específicamente humana, durante más de cuatro siglos, paulatina pero implacablemente viene desenvolviendo sus virtualidades desintegradoras, de que estaba grávida, y que después de haberse desentendido y querido absorber la realidad trascendente en la inmanencia de su espíritu, devora actualmente la misma realidad humana y socaba los pilares mismos en que descansan su cultura y su ámbito espiritual.

Ante tales consecuencias de aquellos principios, que han deslocado y trastrocado la vida humana en todas sus manifestaciones y han conducido a una permanente y azarosa angustia, erizando todos los caminos de dificultades y sufrimientos, todos los espíritus sinceros se abocan a descubrir el remedio que permita zafar de esta angustiada encrucijada al hombre, a su existencia y a sus realizaciones espirituales: el arte, la ciencia, la religión, etc...

Pero, preciso es declararlo sin embajes, pocos son los pensadores que tienen la visión exacta o el valor suficiente para denunciar el mal en sus propias causas y señalarlo en su misma raíz. Tales causas —es tal la hondura del mal— radican y están entroncadas en principios considerados hasta hoy como pilares en que descansa nuestra cultura. El solo ponerlos en duda es una hazaña no exenta de peligros. Y sin embargo para ordenar de nuevo es menester primero romper y acabar con ese falso orden —conservando naturalmente sus aislados aciertos— que nos ha conducido fatalmente al desorden y al caos de la hora actual, para luego construir otro verdadero que centre al hombre

en su auténtico punto de gravedad desde donde pueda orientar el genuino desarrollo de su vida.

Y bien, la causa de donde emanan, como de su fuente, todos los males de nuestro tiempo y los más graves aún que amenazan descargarse sobre él, es la falsa concepción antropocéntrica del hombre, de la vida y de la realidad, instaurada al comienzo de la Edad moderna y que, desde los estratos más hondos de la filosofía, ha venido impregnado y penetrando todas las manifestaciones culturales, royendo los valores más auténticos de la vida espiritual y de sus realizaciones acumuladas en milenios de cultura greco-latina-cristiana.

Se comenzó por separar e independizar la vida humana de la vida sobrenatural cristiana, con un desconocimiento creciente de ésta; y, ya en un plano estrictamente natural, se desarticuló al hombre y su vida del ser trascendente. La inteligencia dejó de estar iluminada y estructurada por la luz de la verdad ontológica. En lugar de depender aquélla de ésta, se pretendió determinar a ésta desde el seno mismo de aquélla. El **cogito** cartesiano, más que un modo peculiar de ser de un filósofo, encarna y es la expresión de la actitud espiritual de una época. No aparece ni tiene él la resonancia enorme que tuvo, por sí o por sólo los méritos de Descartes. La verdad fundamental no está fuera sino dentro del hombre mismo, más aún, en la inmanencia de su pensamiento y en la “claridad y distinción” de su luz se esclarecerá el problema del mundo y aún el de Dios. No es ya el hombre quien esclarece su propio ser comenzando por recibir la luz de la verdad del ser trascendente y, en definitiva, de Dios, sino viceversa, el ser trascendente se ilumina y logra sentido en la luz del propio ser y razón humana.

En la misma dirección de esta concepción filosófica, a la que Descartes encarna y da forma, pero iniciada dos siglos antes que él —y que va ascendiendo desde su raíz a los demás estratos de la cultura— se encuentra, ya plenamente desarrollada, después de casi dos siglos de racionalismo y empirismo, ambos antropocéntricos, la “revolución copernica” de Kant, como él mismo llamara a la actitud filosófica y las conclusiones de su “Crítica de la Razón pura”. El hombre o, por decir con más precisión, la unidad trascendental de su conciencia, no es ya sólo el centro de toda la realidad, sino la organizadora y creadora de la misma: la realidad asequible al conocimiento humano es fruto de su propio esfuerzo. La realidad trascendente, que Kant declara incognoscible y deja más allá del alcance válido de la inteligencia, es lógicamente suprimida en sus discípulos idealistas o, mejor, absorbida por la inmanencia absoluta del propio espíritu, a se y divino desde entonces, creador fenoménicamente de toda otra realidad.

II

Desarticulada del ser la inteligencia, la voluntad **ipso facto** deja de estar gobernada por la influencia de un objeto o bien trascendente y su actividad moral se desenvuelve completamente **autónoma** con independencia de toda norma o ley que no provenga de ella misma.

Pero con esta exaltación del hombre convertido en Dios, creador —así sea fenoménicamente y en la inmanencia de su espíritu— de la realidad conocida y de su norma moral, comienza la tragedia del propio hombre: de este ser espiritual, por una parte, esencialmente fi-

nito, gobernado y abierto a la trascendencia del ser y, en última instancia, del Ser divino, en donde encuentra la Verdad y Bien infinito que lo actúa y perfeccionará en su propio ser y vida, y, por otra encurrido en su propia inmanencia, condenado *contra naturam* a buscar y encontrar en ella aquella verdad y bien que no tiene, para la que está sin embargo hecho. Su realidad misma individual se diluye y aniquila como tal, absorbida en una realidad absoluta divina, pero impersonal y de nadie.

Mientras el idealismo trascendental, en pos de los principios kantianos, evaporaba así la realidad humana, absorbida enteramente por este espíritu absoluto impersonal; el positivismo, ateniéndose también a las conclusiones de la Crítica kantiana, en una actitud agnóstica despreciaba toda metafísica y vaciaba al hombre por dentro de lo más auténticamente suyo, de su ser y de su vida espiritual, para convertirlo en un conjunto de fenómenos sujetos a un determinismo absoluto y, por ende, enteramente materiales.

La fenomenología y, dentro de ella, el existencialismo de un modo especial, reaccionan contra ambas tendencias, hijas inmediatas de Kant y fruto del espíritu antropocentrista iniciado en el Renacimiento. El existencialismo se aferra heroicamente a esta realidad primera de nuestra existencia, anterior a toda elucubración posterior que quiera arrebatársela.

Pero tampoco él logra substraerse al maléfico influjo de ese espíritu, antes al contrario, es fruto del antropocentrismo más concentrado y —sin dejar de reconocerse el acierto con que señala algunos caracteres de la existencia humana, como su finitud y contingencia— acaba lógicamente aniquilando esa misma existencia en el absurdo de un subjetivismo irracionalista, despedazado por la contradicción.

III

En filosofía —precisamente por su índole eminentemente teórica— no basta ni interesa tanto la buena intención de los autores, sino los principios que intentan y las consecuencias lógicas, las saquen o no ellos mismos.

No discutimos la buena intención, más, la capacidad o valor intelectual —¡incluso de los “irracionalistas”!— de los representantes de estas actitudes filosóficas mencionadas.

Pero lo que afirmamos categóricamente es que todos esos sistemas conducen inexorablemente a la ruina del hombre y de su cultura, porque con sus principios han dislocado su vida espiritual, puesto que han comenzado por hacer del hombre el centro de su propia vida, cuando en realidad el ser del hombre y su actividad están esencialmente ordenados y centrados en un ser trascendente a él, y, en definitiva, en el Ser trascendente de Dios, sin el cual se diluyen y ni siquiera sentido tienen. En otros términos, decimos que toda filosofía y cultura verdadera y auténticamente humanísticas no son ni pueden ser antropocéntricas sino *onto* y *teocéntricas*, so pena de devorarse a sí mismas. Sólo saliendo de sí, integrando su ser humano espiritual, finito y contingente, en la infinitud y necesidad del Ser divino, a través del ser finito creado, el hombre se salva, logra descifrar el sentido de su ser y de su vida especulativa y práctica (ético-artístico-técnica),

alcanza su plenitud específicamente humana y su obra de perfeccionamiento temporal del ser propio y ajeno que es la **cultura**.

Mas para alcanzarlo, preciso es desandar con humilde sinceridad el camino desviado recorrido, volver a centrar la inteligencia en su verdadero y único objeto, que la nutre y da sentido a su vida, la verdad trascendente y, por ella, articular también la voluntad y su obra libre en su objeto, el bien en sí o felicidad y por éste en su objeto plenificante, el Bien infinito de Dios, como meta ontológica, que desde la trascendencia la dirige y colma con su perfección y desde donde brota, como exigencia normativa, el deber-ser, que la voluntad habrá de llevar al ser para la consecución de aquel su definitivo Bien y plenitud.

En definitiva, el problema de la salvación del hombre y su cultura, desde las raíces más profundas de la filosofía —donde se entabla y decide siempre, en suprema instancia, la lucha entre la verdad y el error— se plantea nuevamente y se formula para la filosofía actual en un duelo y en un dilema, como el de Hamlet, del ser o no-ser: o con el ser —pero con el ser auténtico de la trascendencia, que culmina en el Ser, fuente divina creadora de todo otro ser— que determina y estructura y da sentido a nuestro propio ser y vida espiritual o, por el contrario, **contra el ser**, en que la realidad trascendente es suprimida, absorbida en la inmanencia total de una trascendentalidad pura impersonal, el ser convertido en no-ser.

En el primer caso, nuestra actividad espiritual, sostenida por un ser trascendente, se esclarece como conocimiento de una verdad que la determina con su inteligibilidad y como apetencia de un bien que la mueve hacia su plenitud. Y en la inteligibilidad y bondad del ser trascendente, que gobierna y determina nuestra vida espiritual, se esclarece también en todo su auténtico sentido ontológico nuestro propio ser humano, corpóreo y espiritual, finito y contingente, arrancado de la nada a la existencia, en última instancia, por la Existencia misma del Ser necesario y en dirección esencial hacia esa misma Existencia, como Bondad o Acto supremo de su propio ser, a través del cumplimiento o realización del deber-ser de la norma moral. Y no sólo el ser del hombre y su vida cobran sentido, integrados en el ser trascendente: todo el mundo humano, toda la realidad inmanente y trascendente a él, invadida y transformada por su actividad espiritual en orden a la consecución de un fin, vale decir, el mundo de la técnica, del arte, de la religión, el mundo de la **cultura**, alcanza sentido ontológico, y con él, comprensión inteligible.

En el segundo caso, desarticulada la inteligencia del ser, la actividad espiritual de la inteligencia y la de la voluntad son devoradas por la contradicción y se tornan impensables en su mismo obrar, ya que no pueden actuar —aún para negar el ser— sino afirmando o apeteciendo un ser, objeto distinto de ella misma; y con la distinción de su propia actividad, el mismo ser humano se torna contradictorio e ininteligible, llevando **lógicamente** a constituirse en un ser divino (panteísmo), creador en su inmanencia de sus propios objetos, pero condenado realmente —desde que realmente no es Dios— a usufructuar ese mismo ser negado o puesto más allá de nuestra actividad.

El dilema, a que está abocada la filosofía actual al final de

este trágico desarrollo de aquella postura inicial contra la trascendencia del ser y vuelta sobre su inmanencia, es terminante y en la opción de uno u otro de los términos se juega su propio destino y, con él, la misma vida humana, material y espiritual, individual y social, temporal y eterna: o persiste en esa actitud contra el ser, en un **no-ser** trascendente y, encerrada en una estéril y contradictoria inmanencia, en vano forcejará por salir de la encrucijada histórica en que se halla atascada, del despedazamiento interior del hombre, de su ser, de su vida, de su moral —y dentro de ésta, de la política, del derecho, de la economía, de la familia, etc.— y de todas las manifestaciones de la cultura; o se somete al ser, y nuevamente su ser y su vida y su cultura se nutrirán de sus fuerzas, se esclarecerán en su **verdad** y se actuarán y perfeccionarán en su **bondad**, y el hombre llegará así a situarse en su auténtica realidad: de ser corpóreo y espiritual a la vez, con sus pies en la tierra y su cabeza en el cielo, de ser finito y contingente salido y ordenado hacia la Infinitud trascendente.

Y como quiera que la facultad rectora del hombre, por la cual se posesiona del ser trascendente y con éste de la verdad y del bien que con su inteligibilidad y exigencias normativas, respectivamente, organizan y dan sentido a su vida y a su obra de cultura, es la inteligencia, de su recta o desviada posición frente al ser —de sometimiento o rebelión frente a él, con o contra el ser— dependerá la adopción de la verdadera o equivocada ubicación del hombre y de su vida en la posición que ontológicamente le corresponde dentro del ser total.

Y entonces del dilema del **ser o no-ser**, con el **ser o contra el ser**, se trueca en el dilema de **con o contra la inteligencia**: o contra la la inteligencia y su objeto, el ser trascendente, y con ella la desintegración total del ser y vida humana; o con la inteligencia alimentada por la verdad del ser, y con ella el esclarecimiento del propio ser del hombre, de su vida y de su cultura, el principio de su salvación.